

EL HUMANISMO ESPAÑOL FRENTE A AMERICA

Desde el principio, los grandes descubrimientos despertaron el interés de los humanistas. Este fue el caso, por ejemplo, de Pedro Mártir de Anglería que ocupaba en la corte de los Reyes Católicos un excelente puesto de observación y que supo captar con entusiasmo lo que significaron las expediciones de Colón y las primeras conquistas (1). Menos conocido en este aspecto es el maestro Hernán Pérez de Oliva a quien se debe la segunda crónica redactada en castellano después del *Sumario* de Oviedo sobre el descubrimiento y la conquista de las Indias. Esta obra y otros escritos del mismo autor referentes a este tema merecen sin embargo un comentario, por ser, como he dicho, una de las primeras reacciones del humanismo español frente a América.

Natural de Córdoba, Pérez de Oliva estudió en Salamanca, Alcalá, París, Roma. Regresó a España en 1524; llegó a ser rector de Salamanca, pero no logró obtener la cátedra de filosofía moral que le interesaba y tuvo que contentarse con la de teología nominalista. Murió en 1531 (2). Pérez de Oliva poseía conocimientos muy variados y extensos: sabía de matemáticas, geometría, cosmografía, arquitec-

(1) Además del *Epistolario*, que contiene cuarenta y tres cartas dedicadas a las Indias, Anglería compuso unas *Décadas de orbe novo* (parece haber sido el primero en emplear el concepto de Nuevo mundo) cuya primera edición completa fue impresa en Alcalá, en 1530, pero que ya antes era conocida por fragmentos y que merecieron un juicio elogioso por parte de Las Casas: «Cerca destas primeras cosas, a ninguno se debe dar más fe que a Pedro Mártir, que escribió en latín sus *Décadas*, estando en aquellos tiempos en Castilla, porque lo que en ellas dijo tocante a los principios fue con diligencia del mismo Almirante, descubridor primero, a quien habló muchas veces, y de los que fueron en su compañía inquirido y de los demás que aquellos viajes a los principios hicieron.» (*Historia de las Indias*, Ed. A. Millares Carlo, 2.ª ed., México-Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 1965, tomo I, p. 21.)

(2) Sobre Hernán Pérez de Oliva, v. M. Menéndez Pelayo: «El maestro Fernán Pérez de Oliva», en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, tomo II, pp. 39-58 (tomo VII de las *Obras completas*), Santander, 1941; Ricardo Espinosa Maeso: «El maestro Fernán Pérez de Oliva en Salamanca», en *Boletín de la Real Academia española*, tomo XIII, 1926, pp. 433-473 y 572-590; William Atkinson: «Hernán Pérez de Oliva. A biographical and critical study», en *Revue hispanique*, tomo LXXI, 1927, pp. 309-482, y el estudio preliminar de José Juan Arrom a su edición de la *Historia de la invención de las Yndias*, Bogotá, 1965 (publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, XX).

tura, perspectiva, filosofía, teología... Se interesaba además por todo lo que acontecía en el mundo; gustaba de «considerar las costumbres y las industrias y las disciplinas»; «mar, tierra y cortes y estudios y muy diversos estados he conocido y mezclándome con ellos», decía (3). Sus obras, entre las cuales destaca su famoso *Diálogo sobre la dignidad del hombre*, fueron publicadas en 1586 por su sobrino Ambrosio de Morales (4), pero aquella edición no contenía la crónica americana que por lo visto debió perderse hacia 1550 y sólo llegó a conocerse en nuestro siglo.

Hernán Pérez de Oliva conoció en Sevilla, en 1525, a Fernando Colón, hijo del Almirante (5). Por las mismas fechas, estaba pensando en escribir una crónica sobre las Indias cuyo manuscrito entregó al mismo Fernando Colón en 1528 (6). El texto desaparece hasta el siglo XX en que vuelven a encontrarse y a publicarse por primera vez dos manuscritos que constituyen a todas luces la crónica perdida. Se dan así a conocer:

— primero, un texto titulado *Algunas cosas de Hernán Cortés y México*, manuscrito de la Biblioteca de El Escorial publicado en 1927 por William Atkinson (7); se trata de una crónica de la conquista de Méjico, basada fundamentalmente en la segunda carta de relación de Cortés;

— luego, la *Historia de la Invención de las Indias*, manuscrito de la Biblioteca de Yale, encontrado en 1943 y publicado en 1965 por José Juan Arrom. Es ésta una elaboración de la primera *Década* de Anglería.

Estos dos textos constituyen pues la crónica escrita por el maestro Oliva; permiten observar las reacciones de uno de los mejores humanistas ante los problemas planteados por el descubrimiento y la conquista de América. Es interesante compararlos con un texto

(3) Son palabras del propio Hernán Pérez de Oliva sacadas del Razonamiento que hizo en Salamanca, en 1530, como opositor a la cátedra de teología (W. Atkinson: *Op. cit.*).

(4) El *Diálogo de la dignidad del hombre* ya había sido publicado aparte en 1546 por Francisco Cervantes de Salazar y traducido al italiano por Alfonso de Ulloa (Venecia, 1583) y al francés por Jérôme d'Avost (Paris, 1583).

(5) Le ofreció entonces un ejemplar de su traducción del *Anfitrión* de Plauto, obra en la que «se propuso demostrar (...) que el idioma español igualaba como medio de expresión artística y filosófica al latín» (J. J. Arrom: *Op. cit.*, p. 11). Hernán Pérez de Oliva ponía especial énfasis en el conocimiento de la lengua vernácula; en su Razonamiento de 1530, como opositor en la Universidad de Salamanca, insiste en ello: «Vuestras mercedes han visto si sé hablar romance, que no estimo yo por pequeña parte, en el que ha de hacer en el pueblo fruto de sus disciplinas» (W. Atkinson: *Op. cit.*, p. 341).

(6) J. J. Arrom: *Op. cit.*

(7) «Algunas cosas de Hernán Cortés y México», pp. 450 a 475 de la *Revue hispanique*, LXXI, 1927.

anterior del mismo Oliva, el razonamiento pronunciado en 1524 ante el regimiento de Córdoba, para situar las nuevas perspectivas abiertas por las Indias en el campo de la política y de la economía (8).

I. LAS INDIAS ANTE LOS HOMBRES DEL RENACIMIENTO

Desde las Azores, nos dice Oliva, Colón pasó largas horas contemplando el horizonte:

Puesto en el fin del mundo que entonces era [aquella tierra], cobró desseo de ver qué auía en el Occidente y esperança de descubrir cosas nueuas, si fuesse allá (9).

Como lo notaba Humboldt, la codicia y el fanatismo religioso no fueron los únicos incentivos que pusieron en marcha los descubrimientos (10); motivos más desinteresados intervinieron para animar a los mejores espíritus de la época: la atracción ante el misterio, lo desconocido, lo nunca visto; la curiosidad y el deseo poderoso de descubrir *cosas nuevas*. El primer viaje no hizo sino acrecentar aquella ilusión y aquel entusiasmo:

Colón entonces, con otros muchos ombres de autoridad (que le siguieron movidos de ver las novedades grandes que él en España auía contado) partió de España, año siguiente de la primera navegación, a mezclar el mundo y a dar a aquellas tierras estrañas forma de la nuestra (11).

Mezclar el mundo, es decir juntar el antiguo con el nuevo, dejar sentada de una vez para siempre la unidad de la tierra que viene a ser desde entonces un solo espacio mental.

Dar a aquellas tierras estrañas forma de la nuestra, o sea llevarles información de lo que era el mundo antiguo, llegar a un conocimiento recíproco de los pueblos y de los hombres.

Siguiendo y comentando a sus fuentes (Anglería, Cortés), Hernán Pérez de Oliva destaca las particularidades principales del nuevo continente: clima, aspecto físico, fauna (12), flora (13), naturaleza

(8) «Razonamiento que hizo el maestro Fernán Pérez de Oliva en el ayuntamiento de la ciudad de Córdoba sobre la navegación del Río Guadalquivir», fols. 129-139 de las *Obras del maestro Fernán Pérez de Oliva*, publicadas por Ambrosio de Morales, Córdoba, 1586.

(9) *Invenclón*, p. 42.

(10) V. Humboldt: *Voyages dans l'Amérique équinoxiale*, II. *Tableaux de la nature et des hommes*, Introducción, selección y notas de Ch. Minguet, París, F. Maspero, 1960, p. 16.

(11) *Invenclón*, pp. 53-54.

(12) «Conejos de tres maneras y serpientes sin ponçoña», «aves muy diuersas, y entre ellas gran multitud de papagayos y maneras muchas dellos. Auía ansares y tórtolas, ánades, palomas y otras muchas» (*Ibid.*, p. 49).

(13) «Auía árboles muchos, pero ningunos semejantes a los nuestros, sino pños y palmas altísimas» (*Ibid.*).

de la tierra, de singular fertilidad (14), etc. Anota con evidente interés todas aquellas novedades, pero al fin y al cabo se desprende de la descripción un profundo sentido de la relatividad: la naturaleza es diferente en uno y otro continente, con paisajes, animales y plantas distintas, pero fundamentalmente la misma, como lo prueba el hecho de que las semillas y los animales llevados de España se adapten a las nuevas condiciones de clima y terreno. Se trata del mismo universo, de la misma naturaleza, dentro de la variedad de las especies. Al buen humanista que era el maestro Oliva no se le ocurre en ningún momento la idea de echar mano de las autoridades ni de las fuentes clásicas, de los tratados antiguos de geografía que tanta difusión tuvieron durante toda la Edad Media. Desde el principio se impone la primacía de los hechos y de la experiencia, sobre los libros y los textos; lo que cuenta es lo que han visto los hombres que viajaron por aquellas tierras extrañas.

No menor interés despiertan las gentes que viven en las islas descubiertas por Colón y sus compañeros o por Cortés en Méjico. Llama la atención en el segundo caso el grado de desarrollo alcanzado: «muchas cibdades nobles», con calles bien trazadas, puentes o canales para las comunicaciones en la laguna, templos numerosos y suntuosos, mercados, cementerios... La sociedad queda organizada y rigurosamente jerarquizada: a la cabeza, Montezuma, que muestra bien en su atuendo y su modo de comportarse la gran riqueza y la autoridad que tiene sobre los nobles que le rodean y el pueblo que le sirve; señores, sacerdotes, artesanos, etc. (15). Chocan los sacrificios humanos que el maestro Oliva parece achacar a la ignorancia más que a un temperamento bárbaro. Así se puede entender la frase con que concluye la descripción de Méjico y el retrato de Montezuma: «Ninguna cosa tenía él ni sus familiares que deudiesen desear sino la salud del alma» (16).

Los indios del Caribe con quienes chocan Colón y sus compañeros viven en condiciones mucho menos desarrolladas. Muy pronto aparecen dos grupos distintos: los pacíficos taínos y los feroces caribes. Los primeros son «simples gentes» (17), con una organiza-

(14) En la segunda expedición, Colón se llevó «todas las simientes de yeruas, plantas y animales que nosotros más usamos, para que en aquella tierra estraña se multipliasen» (*ibid.*, p. 53). Dichas simientes sembraron los descubridores en La Española, «lo cual hazían con mucha esperança, porque veyan la yerua que muy alta segauan, en pocos días tornar a la mesma grandeza; y no fueron engañados, porque después que sembraron, passados diez y seys días, ouieron ortaliza sazónada como ráuanos, lechugas, coles y otras yeruas semejanτες. Y las otras cosas frutificauan a comparación desto: melones, calabazas, pepinos y cohombres vuleron maduro treynta y seys días después que vertieron sus simientes y mejores que hasta entonces auían visto» (*ibid.*, p. 67).

(15) *Algunas cosas*, pp. 460-463.

(16) *Ibid.*, p. 463.

(17) *Invención*, p. 47.

ción social muy pobre. Tienen una religión y una cosmogonía peculiar (18), reyes que los gobiernan, pero se nota «en sus costumbres poca corrección y disciplina y mucha mansedumbre. Todos a oculo acostumbrados y a deleytes de la vida (...). Letras ningunas tenían y por leyes guardauan sola la costumbre» (19). Por falta de hierro, tienen pocas artes aunque son capaces de hacer «cosas de madera admirables» (20). Añade el maestro Oliva que la falta de carne «hizo caer a mucha de aquella gente en vicio de comer ombres» (21); parece confundirse con los caribes, pero así y todo conviene apuntar que nuestro autor procura dar del fenómeno del canibalismo una interpretación racional: el hambre, como en este caso, o la venganza, como cuando, refiriéndose a los mismos taínos, nos dice que si alguna vez salen vencedores en su lucha con sus enemigos caribes, «toman dellos conforme vengança a la injuria que reciben: mátanlos vno a vno y cómenlos, siendo los otros presentes, porque en vida vean lo que dellos ha de ser después de muertos». Concluye Oliva: «Assí todas aquellas gentes (...) o por hambre o por vengança no aborrecen la carne humana» (22). Los mismos caribes, tan feroces, por otra parte, no parecen carecer completamente de sentido moral: «aunque eran codiciosos de la carne humana, no comían las mugeres: tanta es poderosa la ley de natura que encomienda las mugeres en el amparo de los varones» (23).

Las gentes que viven en el nuevo hemisferio parecen pues distintas de los españoles en su religión, su organización política y social, sus costumbres y modos de vida, pero no constituyen un género aparte, totalmente diferente; son hombres como los demás, incluso los más feroces de ellos, como son los caribes. Hernán Pérez de Oliva no formula contra ellos ningún juicio despectivo. A uno y otro lado del Atlántico el mundo es uno, la humanidad es una. Los descubrimientos han permitido *mezclar el mundo*, es decir, concluir a su profunda unidad, a pesar de las distinciones de raza, de costumbres o de religión. La misma observación puede hacerse a partir del comportamiento de los españoles que no siempre aparecen como parangones de humanidad.

Hernán Pérez de Oliva, en efecto, no abriga ninguna ilusión sobre la mentalidad y las motivaciones de los compañeros de Colón. Los mueve la codicia del oro, la sed de la avaricia, que se convierte

(18) *Ibid.*, pp. 111-126.

(19) *Ibid.*, p. 48.

(20) *Ibid.*

(21) *Ibid.*, pp. 49-50.

(22) *Ibid.*, pp. 59-60.

(23) *Ibid.*, p. 50.

en verdadera rabia y será causa de la destrucción de las poblaciones primitivas (24). La autoridad de los jefes permite algún tanto mantener estos instintos dentro de ciertos cauces. Faltando o aflojando dicha autoridad, la codicia y la barbarie no conocen límites, trátase de indios o de españoles. Esto es lo que ocurre con los compañeros que Colón dejó en La Española en su primer viaje: «Con la libertad en que les dexaron y menosprecio de aquellas gentes, se auían corrompido de cuantos vicios allí podían usar, contando que rouaban las casas, que les forçauan en su presencia las mujeres, que les dezían siempre palabras feas y, con amenazas de muerte, les mandauan cosas que eran duras de obedecer. Por lo qual, ayuntados todos los [indios] de aquella comarca los mataron, queriendo más ponerse al peligro de a la vengança que a la costumbre de sus Injurias» (25). Este es el relato que hacen los indios a Colón. Leemos en otro lugar: «alguna de la gente que el Almirante de España lleuó, viéndose sueltos del temor de las leyes (...) emplearon su poderío todo en cumplimiento de sus vicios, matando, robando y forçando por toda la tierra, con tanta perseuerancia y crecimiento de maldad que los moradores de la ysia, desesperados ya de todos los plazer de la vida, otro desseo no tenían sino de morir vengados» (26).

Así explica también el maestro Oliva los desmanes de Roldán Ximénez (el Francisco Roldán de Las Casas) y de sus compañeros en La Española, después de rebelarse contra el adelantado nombrado por Colón: «Ya del todo essentos y libres de miedo (como los leones que de prisión se sueltan emplean la rauía que atados cobraron), assí ellos mostrauan cuánto poderío tiene la maldad de los ombres suelta de las leyes» (27), matando el tiempo en divertimientos bárbaros: «en sus passatiempos vsauan prouar sus fuerças en cortar de vn golpe la cabeça al ombre de la tierra que más cercano hallaran» (28).

La necesidad es la que mueve a los hombres a vivir en comunidad, a someterse a leyes morales y políticas sin las cuales quedan «poco diferentes de los brutos animales» (29). «Si el hombre se tiempla con las leyes de virtud, no hay cosa más amable; mas si se destiem-

(24) «Esta manera aquellas simples gentes mostraron abundancia de oro tanta, que la sed de la auaricia tornaron en raula que después los destruyó» (*Ibid.*, p. 47). «Assí crecía en todos la codicia de manifestar aquellas tierras, qual era menester para que menospreciassen los muchos trabajos que en tal empresa auían de padecer» (*Ibid.*, p. 66). Al explorar Colón La Española se encontró con dos montes que dificultaban la marcha: «Pero, ¿qué montes aurá que estoruen a los que van a buscar oro?» (*Ibid.*, p. 69).

(25) *Ibid.*, p. 64.

(26) *Ibid.*, p. 81.

(27) *Ibid.*, p. 105.

(28) *Ibid.*, p. 106.

(29) *Diálogo de la dignidad del hombre*, BAE, LXV, pp. 392 b y 394 a.

pla con los vicios es aborrecible» (30). Estas sentencias sacadas del *Diálogo de la dignidad del hombre* del mismo Pérez de Oliva nos dan la clave de la posición del autor ante los problemas planteados por la conquista. La distribución entre buenos y malos, no coincide con la distinción entre españoles e indios. Lo mismo ocurre siempre que los hombres, europeos o no, se entregan a sus instintos sin el freno de las leyes morales o políticas; caen en la bestialidad y el salvajismo.

No hay en Hernán Pérez de Oliva ninguna idealización del indio sino una justa estimación de la naturaleza humana: los indios no están dispuestos a soportar las *injurias*, es decir la injusticia, la violencia desenfadada; antes prefieren morir. Estos son los sentimientos que el maestro Oliva presta al cacique Guarionexio cuando éste va a buscar amparo y protección cerca de otro cacique, Mayobanexio:

Forçado de las ynurias yntolerables con que nuestra ysia destruyen estas gentes nueuas, he escogido por mejor fortuna ser pobre en tu reyno que rico en el mío. Yo con ellos he probado guerra y paz, rigor y mansedumbre, ruegos y amenazas, consentimiento y defensa, y en ninguna cosa hallé manera de poder perseuerar. Ven mi reyno lleno de gemidos y lágrimas, ven ensuzlada la onestidad de las mugeres y vertida la sangre de los ynocentes, ven los niños perecer de hambre y, siendo ellos la causa, de ninguna cosa tienen arrepentimiento ni compasión. No creo que son más crueles los caribes, pues la muerte que dellos tememos en estotros la desseamos. Agora, pues, mucho te ruego que tu bondad me sea puerto do pueda reposar salido de tantas tempestades, que la fortuna que a mí me aflige, a tí te onrará, pues por ella te dirán amparo de los otros reyes (31).

Y Mayobanexio corresponde a la confianza que se le hace; se pone al lado de la justicia contra los malos, en este caso los españoles; se niega a entregar a su huésped, a riesgo de perder su estado y su vida, para conservar la honra y la dignidad:

(30) *Ibid.*, p. 393 b.

(31) *Invención*, p. 104: «Forçado de las ynurias yntolerables con que nuestra ysia destruyen estas gentes nueuas, he escogido por mejor fortuna ser pobre en tu reyno que rico en el mío. Yo con ellos he probado guerra y paz, rigor y mansedumbre, ruegos y amenazas, consentimiento y defensa, y en ninguna cosa hallé manera de poder perseuerar. Ven mi reyno lleno de gemidos y lágrimas, ven ensuzlada la onestidad de las mugeres y vertida la sangre de los ynocentes, ven los niños perecer de hambre y, siendo ellos la causa, de ninguna cosa tiene arrepentimiento ni compasión. No creo que no son más crueles los caribes, pues la muerte que dellos tenemos en estotros la desseamos. Agora, pues, mucho te ruego que tu bondad me sea puerto do pueda reposar salido de tantas tempestades, que la fortuna que a mí me aflige, a tí te onrará, pues por ella te dirán amparo de los otros reyes.»

Después que yo recibí en mi amparo a Guarionexio, he determinado de fenecer con él, porque para darlo no ay otra causa sino couardía, y para defenderlo me obliga su virtud (...) Qué dirán de mí que en mi confianza se pierden mis amigos y en mi casa no ay fe ni fealtad, do los huéspedes que bien recebimos despedimos entregados a sus enemigos. Assí que no penseys que demaudan a Guarionexio, sino la onra de vuestro rey (32).

Ni idealización del Indio, ni censura de los españoles en su conjunto. Hernán Pérez de Oliva, al mismo tiempo que condena las barbaridades de los primeros conquistadores, ensalza con entusiasmo la figura de los héroes, Colón y Cortés.

Colón está presentado como «ombre de alto ánimo, escogido de Dios» (33) para la gran empresa a él reservada. El sabe convencer a los reyes y a sus compañeros que, de esta forma, «partieron (...) con mayor confianza que tuvo Ercules y dexando atrás los fines que él puso» (34). Fe en su misión, audacia, perseverancia a pesar de todas las trabas y de todas las dificultades, así nos presenta el maestro Oliva al almirante:

Porque los grandes propósitos, para alcançar su fin, menester han perseuerancia, según que han de passar por muchas dificultades, Colón (...) no desamparaua su requesta, antes tanto más ahincava quanto tenia más estornos, menospreciando las couardías de viles ombres, que le amenazaban con peligro, y las opiniones de rudos, que le ponían ympedimentos, y el escarnio de muchos, que lo tenían por vano (35).

Lo mismo cabe decir de Hernán Cortés. El fragmento dedicado por Oliva a la conquista de Méjico empieza así:

La gran fama de la prouincia de Culua encendía el coraçon de Hernán Cortés en voluntad de cosas maiores, viendo que auía hallado materia de manifestar su virtud; y aunque la poca compañía y esperança de socorro le amonestauan dilación, el ardiente deseo de las grandes cosas que auía oído y la confiança que con muchas victorias auía ganado no la sufrían. Los que le representauan el gran señorío de Muteczuma para templar lo ceuauan su fuego, y los que le amenazauan con peligros le ponían codicia de emplear en ello su esfuerço (36).

(32) *Ibid.*, pp. 108-109.

(33) *Ibid.*, p. 41.

(34) *Ibid.*, pp. 43-44. La misma idea se encuentra más tarde en la *Jerusalén libertada* del Tasso: «Hércules non oso di tentar l'alto Oceano» (XV, 25).

(35) *Ibid.*, pp. 42-43.

(36) *Algunas cosas*, p. 450.

Voluntad de cosas mayores, manifestar su virtud, esfuerzo, sentimientos a los cuales conviene añadir la prudencia, la industria y sobre todo la preocupación por la fama, dotes que acaban por reconocer los mismos enemigos. La conquista de Méjico fue obra de inteligencia y no de la fuerza bruta, mejor dicho de la fuerza puesta al servicio de la inteligencia: «el poderío que los nuestros auían alcanzado con armas y consejo» (37), leemos en la obra de Pérez de Oliva. Así fue cómo pudo vencer Cortés las huestes numerosas de sus enemigos, a fuerza de perseverancia y reflexión porque «valen más la fortaleza que la muchedumbre» (38). «En la fortuna no ai reposo» (39); de ahí la extraordinaria prudencia del conquistador durante toda la empresa y su audacia no menos extraordinaria, ya que tenía «de la vida poco cuidado, de la honra mucho» (40). La victoria fue el premio de todas aquellas dotes, como lo reconocen los embajadores de Montezuma: «Sola tu fama ha hecho lo que no pudieron las armas de muchas gentes (...) Antes de acometer ganaste victoria» (41).

Hernán Pérez de Oliva no pretende escribir una crónica completa de la conquista; no parece haberse preocupado mucho por reunir materiales; sus fuentes son escasas: Mártir de Anglería y la segunda carta de relación de Cortés. Pero supo ver lo que los hechos tenían de insólito y de característico. Lo que me interesa es destacar el concepto que un humanista podía formarse de los acontecimientos que acababan de producirse. Lo que notamos, pues, en este caso, es entusiasmo ante los descubrimientos, gran curiosidad por las tierras, las cosas y los hombres de las Indias, todo ello puesto en relación con el viejo continente, y sobre todo una exaltación indudable de los hombres que llevaron a cabo tales empresas, Colón y Cortés, muy superiores a los simples marineros y conquistadores que les acompañaron. Los españoles aparecen codiciosos, brutales, crueles; en cambio, los jefes, verdaderos héroes del Renacimiento, están vistos como ansiosos de realizar algo grande y memorable, llevados por una ambición personal muy elevada que en ningún momento

(37) *Ibid.*, p. 467.

(38) *Ibid.*, p. 452. En la misma página leemos: «El capitán, que temía más las traiciones que confiava en palabras, tanto despertava más quanto más los enemigos procurauan de quitarle el cuidado.»

(39) «Cortés, viendo el gran poderío de Mutezuma, procurava con prudencia conseruarse do el esfuerzo lo auía lleuado; mas, porque en la fortuna no ai reposo, preuiendo a la mudança que podía hazer, mandó a los artífices poner en el agua quatro bergantines bien proueldos para qualquier uso que fuesen menester» (*Algunas cosas*, p. 463).

(40) *Ibid.*, pp. 474-475.

(41) *Ibid.*, p. 454.

Hernán Pérez de Oliva asimila a la codicia y a los instintos vulgares de sus compañeros (42).

Conviene resaltar además el tono profundamente natural empleado por Oliva que dista mucho de las hipérbolas, de las discusiones eruditas o pseudofilosóficas que se encuentran en tantos otros autores que han tratado, en aquella época, el tema americano. Ninguna referencia se hace a lo fantástico; en sus escritos no hallamos monstruos, ni mitos, ni prodigios, ni nada maravilloso: la naturaleza tiene sus variedades, pero es la misma en todas partes. Tampoco leemos consideraciones sobre la edad de oro y el buen salvaje, como las hay en una de sus fuentes, las *Décadas* de Anglería. Quizá el humanismo, en su aspecto más revolucionario, sea eso: ver las cosas como son, sin retórica, sin alarde de erudición falsa, sin dogmatismo, sino todo lo contrario: con toda naturalidad.

II. ESPAÑA FRENTE A LAS INDIAS

Los descubrimientos abren para España unas perspectivas prometedoras. Esta es la idea que desarrolla el maestro Hernán Pérez de Oliva en el razonamiento que pronunció, en 1524, en el regimiento de su ciudad natal, Córdoba. Magallanes y sus compañeros acaban de dar la vuelta al mundo y ahora queda bien patente la situación excepcional de España: «Antes, ocupáuamos el fin del mundo y agora estamos en el medio con mudança de fortuna qual nunca otra se vido» (43). Los españoles han emprendido lo que Hércules no se atrevió a hacer: navegar hacia el occidente, lanzándose por el Océano. Están conquistando más allá de los mares «tierras y gentes sin fin, que de nosotros tomaran religión, leyes y lengua» (44). Desde ahora, el «peso del mundo y la conversación de las gentes» se sitúan en España (45). El señorío del mundo empezó en Oriente; pasó suce-

(42) Aquel culto a los héroes, aquella exaltación del individuo que se afana en realizar algo grande y digno de recuerdo y que para ello es capaz de acudir a todos los medios, incluso los más violentos e inmorales, recuerdan las características que, según Burckhardt, dan la tónica general del Renacimiento; v. *La civilisation de la Renaissance en Italie*, Paris, Ed. Gonthier, 1958, t. 1, p. 117. Aquellas características coinciden también con la famosa *virtu* de los italianos: «Terme difficile à définir (...) Elle signifie surtout la volonté de créer son destin, l'esprit d'entreprise, l'audace calculée, une intelligence aiguisée. Elle n'exclut ni la cruauté ni la ruse lorsqu'elles s'avèrent nécessaires (...), mais elle s'accompagne nécessairement de maîtrise de soi et d'une certaine grandeur d'âme» (J. Delumeau: *La civilisation de la Renaissance*, Paris, 1967, p. 378). Se habrá notado cómo, al hablar de Cortés, Hernán Pérez de Oliva emplea la palabra *virtud* en un sentido nada común en español pero que parece la traducción exacta de la *virtu* italiana: «Viendo que había materia de manifestar su virtud...» (*Algunas cosas*, p. 450).

(43) «Razonamiento... en el ayuntamiento... de Córdoba», op. cit., p. 134 a.

(44) *Ibid.*

(45) *Ibid.*

sivamente a Asia, a los persas y caldeos, luego a Egipto, Grecia, Italia, Francia. «Agora, de grado en grado, viniendo al occidente, pareció en España» y ya no pasará de allí, puesto que lo ataja el mar. Ha llegado la hora de España, «la gran fortuna de España que viene» (46).

Hernán Pérez de Oliva se muestra orgulloso, como buen español, ante aquellas circunstancias, pero como natural y ciudadano de Córdoba (47) quiere que su patria chica aproveche la oportunidad para desarrollar su comercio e industria. Córdoba posee ventajas conocidas: «sierra, llanura y río. La sierra da vino, azeite, leña y caza y frutas y aguas. La llanura da lanas, carne y pan en tanta abundancia que falta gente y sobra tierra» (48). Y Dios ha puesto entre la sierra y la llanura el río para que lo que sobre se pueda llevar fácilmente a otras partes (49). Todo consiste pues en convertir el Guadalquivir en río navegable. Esta es la propuesta que presenta el maestro Oliva a los regidores: «Vosotros, pues, señores, aparejaos ya a la gran fortuna de España que viene. Haced vuestro río navegable y abriereys camino por don vays a ser participantes della y por donde venga a vuestras casas gran prosperidad» (50).

En efecto, el mar y los ríos permiten la comunicación entre los hombres, el comercio, el intercambio de toda clase de productos, incluso los productos del espíritu. «Hallareys en el [mar] más provechos q arenas» (51). Las ciudades más prósperas son las que están situadas a orillas del mar o de un río navegable: El Cairo, París, Londres, Milán, Roma, Ruan... Y Hernán Pérez de Oliva pronuncia un vibrante elogio de la navegación y del comercio: «Los navíos, cuyas velas no son lino mas son alas que Dios permitió que los hombres tuviessen con que el mundo rodeassen» (52). La mercadería,

(46) *Ibid.*, p. 134 b. Este tema de la sucesión de los imperios de Este, hacia Oeste era un tópico muy corriente en la Edad Media y Renacimiento. Uno de los últimos en exponerlo parece haber sido Jean Sleidan (*De quattuor summis Imperiis*, 1556). Mommsen señala que ya está presente en la obra de un oscuro historiador latino que escribía entre 190 y 168 antes de Cristo (Aemilius Sura: *De annis populi romani*). La historia universal vendría así a distribuirse en varios imperios: asirios, medos y persas, macedonios y luego romanos. Los autores cristianos creyeron ver el mismo esquema en una visión apocalíptica del libro de Daniel (VII, 1-7): el profeta ve en sueño cuatro bestias monstruosas que salen una tras otra del mar; la tradición de los Padres de la Iglesia identificó a aquellos monstruos con los Imperios sucesivos; el último y más poderosos duraría hasta el fin del mundo. V. G. Gusdorf: *Les origines des sciences humaines*, París, Payot, 1967, p. 280.

(47) «Amor y buen deseo a las cosas desta tierra (...) por la común ley de amar los hombres a su tierra, que les dio padres y amigos y leyes y costumbres y acogimiento en las adversidades» (*Razonamiento*), p. 131 b).

(48) *Ibid.*, p. 133 a.

(49) *Ibid.*

(50) *Ibid.*, p. 134 b.

(51) *Ibid.*, p. 133 b.

(52) *Ibid.*, p. 134 a.

«honesta ocupación es en aquellos a cuyo orden conulene» (53). Si se llega a transformar el Guadalquivir en río navegable, Córdoba puede suplantar a Sevilla como cabeza del comercio americano (54), un comercio que no hace sino empezar (55): «de estas yslas han de venir tantos nauíos cargados de riquezas y tantos yrán que pienso que señal han de hazer en las aguas de la mar» (56). Este comercio permitirá un mejor aprovechamiento de los productos de la agricultura: «Si camino tuiessen [los frutos] por do salir, do quiere que sembrássedes os nacería oro y do quiera que plantássedes el fruto sería riqueza» (57). El comercio desterraría el ocio y el ejemplo de los mercaderes animaría a muchos a ocuparse en actividades productivas (58). Buena falta tiene Córdoba de tales iniciativas, ya que, fuera de lo que da la tierra, carece de casi todo: no tiene Universidad, ni Chancillería, ni Casa de la moneda, ni Imprenta, ni comercio, ni grandes edificios, ni otras cosas señaladas. Todas aquellas cosas, o la mayor parte de ellas, las daría la navegación del Guadalquivir que, por otra parte, estorbaría el movimiento de emigración hacia Sevilla (59).

Si el río nauegays—dice el maestro Oliva a los regidores— será como el bacín que se tañe a la colmena para conuocar en xambre (60).

Y concluye:

Abrid las puertas al poderío, a la grandeza, a la prosperidad de vuestra tierra (...) No hay cerradura tan difícil que buena industria y diligencia no la suelten (61).

Es decir, que las Indias representan una oportunidad inesperada para España y para Córdoba. Abren unas perspectivas inmensas de desarrollo económico, fundado en el comercio. A su vez, el comercio, al desterrar el ocio, permitirá el desarrollo cultural: las ciudades se

(53) *Ibid.*, p. 135 b.

(54) «Porque los mercaderes que agora paran en Seuilla, si fácil hallan la subida, por eultar carruajes y alcançar lugar que sea más dentro en la tierra, vernán a reposar en esta ciudad» (*Ibid.*, p. 134 b).

(55) «Requeridos aueys de ser y rogados de los que las islas de occidente pueblan agora que los hagays participantes de vuestros bienes, que aquella tierra no da. No da aquella tierra pan, no da vino, mas oro da mucho, en que el señorío consiste, y aquéllos lo aurán que con mantenimientos ganar lo pudieren» (*Ibid.*, p. 136 a).

(56) *Ibid.*

(57) *Ibid.*, p. 135 b.

(58) *Ibid.*

(59) *Ibid.*, p. 136.

(60) *Ibid.*

(61) *Ibid.*, p. 140.

poblarán de gente activa y culta. Y todo ello supone un desarrollo técnico previo: el que ha hecho posible el descubrimiento de las Indias y el que convertirá el Guadalquivir en río navegable, como los hay ya muchos en Italia, Francia y Flandes. Hernán Pérez de Oliva pone así de manifiesto algunas facetas características del humanismo español; atención hacia los problemas políticos, económicos, morales planteados por el descubrimiento y la conquista de América: preocupación por el desarrollo económico y técnico (62); sentido patriótico y cívico, por fin, para llegar a la prosperidad y a la grandeza de la patria (63). Quiero terminar por la advertencia con la que Hernán Pérez de Oliva empezó su razonamiento delante de los regidores de Córdoba: él cree poseer alguna sabiduría, fruto «de la mucha *experiencia* que he querido tomar de las cosas» y de la «*diligencia con que he seguido mis estudios*» (64). Experiencia y estudios definen la sabiduría, es decir que el humanismo no es sólo una actitud intelectual; es también una actitud frente a la vida, al mundo, a los hombres.

JOSEPH PEREZ

Institut d'Etudes Iberiques
Domaine Universitaire
Université de Bordeaux III
33405 TALENCE (Francia)

(62) El interés por la técnica y especialmente la ingeniería y la hidráulica es característico del Renacimiento en su conjunto; en Italia son conocidísimos los talentos de Leonardo de Vinci en este campo, así como las realizaciones que se llevaron a cabo, en los siglos XV y XVI, en varias regiones; en España, también se notan preocupaciones de este tipo, cuyo ejemplo más famoso fue la máquina de Juanelo para subir el agua del Tajo hasta Toledo. V. J. Delumeau: *Op. cit.*, pp. 175 y ss.

(63) En toda la época renacentista se nota una tendencia a exaltar la civilización urbana y el deseo de conocer las glorias pasadas como estímulo para las tareas del presente y del futuro; v. G. Gusdorf: *Op. cit.*, p. 362, y J. Burckhardt: *Op. cit.*, t. I, pp. 112 y ss.

(64) *Razonamiento*, p. 131 a.